

UNA REUNIÓN DE GENERALES DECIDE EL DESTINO DE LA NACIÓN

La sala de las reuniones anteriores había sido convenientemente renovada y acondicionada. El duque del Infantado había comprendido que el efecto de su desarreglo causado por el saqueo causaba en los invitados una impresión negativa. Los invitados de alto nivel y, sobretudo, la nobleza la asociaron a desidia, a los militares les causaba incomodidad, molestia. Como la vida de campaña no daba para muchos lujos ¿Por qué había que privarse en aquel palacio? Nadie comprendía que aquella ruina era el castigo que el duque debía abonar para compensar su debilidad de figurar en la corte del rey José. Los generales convocados le veían como la persona que podía actuar de mediador entre las diversas facciones pero sabían que carecía de peso político para ejercer un papel importante, con protagonismo. Aceptaban su presidencia porque era el anfitrión, presidente del Consejo de Castilla y reunirse en Madrid, todavía no había otro organismo que lo sustituyera hasta que se creara Junta Central. La Suprema Junta Central, la del poder absoluto sobre todas las demás. En consecuencia, en la reunión que iba a empezar se le aceptaba como coordinador para moderar las intervenciones, pero la realidad era diferente. Solo sería un presidente nominal, sin autoridad. A pesar de tener la representación de Blake los convocados esperaban que su voto se ajustara a la mayoría. Todos eran conscientes que el protagonismo se centraría en Castaños y Cuesta. ¿Cómo se desenvolverían los dos frente a frente? ¿Habría algo más que una simple polémica cuando los criterios de los dos generales no coincidieran? Palafox había enviado al intendente del ejército Calvo de Rozas, que tenía poco peso para representar al joven defensor de Zaragoza. Nada se podía esperar de él para opinar sobre la futura estrategia. No era militar. El duque había dado vueltas a estos pensamientos y ahora se trataba de saber a dónde evolucionaría el poder militar para concentrarse en uno de ellos. ¿El mando supremo? En una sala contigua se habían situado los segundos jefes de los ejércitos y también los de los Estados Mayores de Cuesta y Castaños. Cinco personas. Solo se habría previsto que, en casos muy concretos, entraran en la sala cuando sus jefes necesitaran un documento.

El duque sentado en la cabecera observa como los cuatro generales tomaban asiento. Cuesta lo hace a su derecha y Castaños a la izquierda. Luego de forma correlativa, Llamas y Calvo. Cuesta ha entrado en la sala hablando con Castaños de una forma que parecía cordial y supuso que también hay un buen clima con los otros dos asistentes. Era evidente que, antes de entrar, se han encontrado y posiblemente hablado de cosas banales. Si todo transcurriera así... hasta era posible que los problemas se superarían. El reloj marca las nueve de la mañana del 5

de septiembre. Las ventanas abiertas dejan correr una brisa suave que provoca un murmullo agradable en las hojas de los árboles cercanos. No hace el calor de agosto y hasta el tiempo parece cómplice de la reunión. Quizás no sería necesario que se diera una pequeña colación de alimentos. El duque había previsto que si la situación llegaba a un nivel delicado un criado entraría con bebidas para rebajar la tensión. Sabe que, cuando la gente bebe o come, sobretodo el chocolate y los pasteles que han preparado, la crispación tiende a disminuir. Había motivos para ello. Se decide a comenzar dando un pequeño golpe en la mesa con los nudillos de la mano derecha.

-Buenos días a todos. El general Blake me ha enviado una carta que me ruega le represente y se excusa de no poder asistir por los continuos desplazamientos de su ejército.

Este saludo permite a Calvo de Rozas ofrecer otra excusa del jefe del ejército de Aragón antes de que alguno haga un comentario sobre Blake.

-Como intendente del ejército de Aragón, el capitán general Palafox me ha ordenado que le represente, ya que la proximidad con el ejército francés le aconseja no desplazarse. Aunque no soy militar, el general me ha entregado unas instrucciones sobre sus propuestas para que los asistentes las tengan en consideración.

Los participantes no hacen comentarios y puesto que ya se ha disculpado por <<no ser militar>> no se tendría en cuenta esa anomalía. El duque toma la palabra a continuación.

-Caballeros, creo en esta reunión debe acordarse un plan para que los ejércitos tengan objetivos precisos, de forma que sus movimientos estén de acuerdo con esos objetivos. Es evidente que, desde un principio, el levantamiento patriótico impidió que los generales de los ejércitos pudieran acordar planes conjuntos, salvo en casos muy particulares. Allí hubo que superar dificultades iniciales.

Todos los presentes asistieron con la cabeza y no hubo comentario a la alusión que Infantado había hecho sobre la fracasada colaboración entre los ejércitos de Galicia y Castilla la Vieja. Cuesta está callado pensando que no es el momento de hablar sobre este asunto. Espera otra oportunidad. Como el silencio invita a continuar al presidente, éste comenta la situación.

-Para este un plan lo primero que debemos analizar es la situación actual del ejército francés desde que se retiró hacia el norte, hacia el Ebro. Qué información tenemos de esas unidades, donde están situadas y si sabemos algo de que hayan recibido refuerzos.

Como no hay una petición de palabra, Infantado inicia el debate sobre ese punto. Los cuatro participantes parecen estar más pendientes de lo que habla otro para intervenir a

continuación. Esta forma de actuar, demasiado suspicaz, molesta al duque porque no le agrada convertirse en el animador de la mesa. Prosigue, mirando a los presentes muy rápidamente.

-La información enviada por el general Blake es que el mariscal Bessières ha evacuado León y se ha retirado a Burgos, donde se reunió con el rey José. La falta de caballería le impidió seguir de cerca al ejército francés ya que, según él, en la llanura castellana su situación es de absoluta inferioridad. Esto es lo que me escribe. El rey José estableció su cuartel general en Miranda en el mes de agosto. El mariscal Bessières está entre Burgos y Briviesca. El general Blake ha decidido marchar hacia Bilbao porque...

Infantado no termina porque Cuesta le interrumpe con una cara que ya refleja incomodidad, como si lo comentado fuera un poco inútil, quizás absurdo. El duque no tiene tiempo de preguntarse el motivo.

-Me parece que has dicho que se debe empezar, comentando y analizando solamente la situación del enemigo y no de los movimientos de nuestros ejércitos o de sus problemas. Ese es otro punto que se deberá discutir más adelante.

Cuesta parece adoptar el papel de presidente, así, que el duque acepta con disgusto la interrupción del general. Le pregunta:

-Gregorio, ¿Que información tienes de los movimientos de los franceses?

-No se puede añadir mucho a lo escrito por el general Blake. El rey intruso ha establecido el cuartel general en Miranda y las fuerzas, de las que tenemos información, a lo largo de la línea del Ebro. El mariscal Bessières tiene una vanguardia en Pancorbo, lo cual entra dentro de la lógica porque quieren evitar un bloqueo en esa carretera hacia Burgos. Eso, en caso de que reciba más refuerzos y se decida avanzar. Me extraña que no lo haga porque ya tuvo en agosto esos refuerzos, especialmente de caballería. No me gusta su inactividad, no presagia nada bueno.

-A mi tampoco. - le confirma el duque - Oigamos las informaciones del ejército de Aragón- el duque se inclina hacia Calvo el cual saca un papel de su carpeta.

-Las noticias que tenemos es que, el general Verdier después de levantar el sitio de Zaragoza se ha situado en los pueblos navarros de Milagro, Villafranca y Caparroso. Es una amenaza muy cercana, para el ejército de Aragón, que, al carecer de caballería, está en una situación muy peligrosa. Creemos que en caso de un contraataque de todo el ejército francés, la primera embestida la recibiría nuestro ejército de Aragón.

-Bueno, esas son especulaciones.- contesta el duque, que ya pensaba que la intervención de Calvo era un preaviso de que Palafox necesitaba refuerzos. Mejor era seguir con las informaciones antes de pasar a ese apartado tan molesto de los refuerzos. Seguro que todos los necesitan - ¿Hay otras informaciones?- Pregunta con la mirada puesta en Llamas. Éste solo dice que no hay novedades diferentes a las citadas.

A la vista de las informaciones tan parcas, el duque no se atreve a proponer una primera estrategia, así que prefiere oír las opiniones de los dos principales actores: Castaños y Cuesta. En un gran atril al lado de la mesa, se había colocado un gran plano de la Península Ibérica, el duque se gira hacia él para hablar:

-Caballeros, según parece, los ejércitos franceses se han concentrado en una zona relativamente pequeña. En una primera impresión, lo que parece más lógico, sería rodearla, y una vez cercados esos ejércitos, proceder a su destrucción. La primera pregunta es si acordamos hacer ese movimiento y, sobre todo, si tenemos de recursos para ello. ¿Podemos llevarlo a cabo?

Hay un pequeño silencio que no se rompe hasta que Castaños mirando a los dos asistentes que tenía a los lados explica sin prisa, fijándose más tarde en Cuesta. El duque no cuenta para él.

-Según lo que usted ha dicho parece que la táctica lógica sería rodear a ese grupo de ejércitos y destruirlo - hay un momento de expectación que Castaños aprovecha para mirar, otra vez, uno a uno, a sus interlocutores - pero me temo que no tenemos recursos suficientes para esa campaña. ¿Me engaño? Seamos sinceros caballeros.- como nadie habla, continúa - Hemos tenido aquí, hace unos días, unas reuniones, donde, muy claramente, se ha puesto de manifiesto que no hay recursos para llevar los ejércitos hacia el norte. - Calvo y Cuesta han pedido la palabra pero el duque les hace un gesto de paciencia mientras a continuar a Castaños con la mano derecha.- Las cuestiones fundamentales son las siguientes, bueno, me equivoco, la cuestión fundamental es: el dinero. Dinero, dinero y dinero - repite tres veces mientras observa como Cuesta asiente con la cabeza.- El problema no es vestir los soldados que se han alistado, que tienen un arma y que llevan un brazalete para identificarles. Creo que eso es lo que ocurre con tu ejército. ¿No es así? Gregorio. - Cuesta sigue asintiendo con la cabeza - Bien. El problema real es alimentarles y no podemos requisar las cosechas de los campesinos en las aldeas que hay cercanas a Madrid. Esta ciudad ya hizo un esfuerzo importante para alimentar un ejército ocupante. Por lo tanto, confío que me llegue ese dinero como ha prometido el coronel Doyle, perdón el general Doyle. De no ser así no podré mover dos divisiones fuera de Madrid con los recursos que tengo.

Cuesta había pedido la palabra con el ceño fruncido y el duque se la concede con la esperanza de que ambos generales estén de acuerdo. Los otros dos no cuentan para él y menos para de Cuesta y Castaños. Cuesta saca un periódico que hay en la carpeta que tiene frente a su lugar de la mesa.

-Supongo que todos leemos la prensa y por lo tanto habrán visto la noticia fechada en Cádiz el 19 de agosto, que aparece en la página 1.111 de la *Gazeta de Madrid* del 2 de septiembre. Hace 5 días. Tres líneas muy sustanciosas e interesantes. - Cuesta saca las lentes, se las cala y lee: <<Los ingleses han enviado a España y Portugal 3.000 prisioneros de guerra españoles vestidos y equipados; fusiles, armamentos y municiones correspondientes para 80.000>> Sigo.- comentó levantando los ojos sobre las lentes -<<vestuarios para 20.000; zapatos para igual número; queso para el ejército 200.000 libras>> - y lo más importante - Cuesta a mira a los presentes con cierta teatralidad para terminar: <<pesos fuertes 6.200.000>>. Señores ¿Dónde está todo ese dinero y esos pertrechos? ¿En el puerto de Cádiz a buen recaudo? No conocía estas cifras, pero todo ello es indignante e inadmisibile. ¿En qué locura de avaricia se encuentran los responsables de las Junta Regionales? Y no me fijo solo en la de Sevilla, mi querido Javier - dice a Castaños - sino en todas. Absolutamente en todas.

Cuesta pasa el periódico a Castaños que, después de leerla la noticia lo circula hacia Infantado. No era ninguna novedad. Todos lo repasan porque, aunque ya habían leído la noticia cuando salió el periódico, necesitan un poco de tiempo antes de opinar. Cuesta remata su intervención.

-Creo que en la anterior reunión, mi jefe de Estado Mayor, les informó que pretendo llevar a cabo una cuestación en Madrid por medio de este periódico - señaló la *Gazeta* - para conseguir dinero. Pero, desgraciadamente hay más. Mucho más. Tengo información de que a principios de agosto llegó a Gijón una fragata británica con 500.000 duros de plata que se ofrecieron a la Junta de León. Pero como otras necesidades han reducido esa cantidad a la mitad, he dado órdenes de que se recoja, por los procedimientos que sean necesarios, y se me entregue, porque si no se hace así, ese dinero irá al ejército de Galicia, con el que la Junta presidida por el señor Valdés se ha comprometido y no al ejército de Castilla, que es la verdadera obligación de esa Junta.

Los presentes le miran sorprendidos porque, aunque Castaños tenía noticias sobre las diferencias entre Cuesta y Valdés, no sabe el nivel de rencor que despide el veterano general. La intervención ha sacado a la superficie el enfrentamiento de uno de ellos con una Junta apoyada desde su creación por el mismo general. Temen que el comentario degenerare en solicitar que no se haga caso a las Juntas. Castaños se ha dado cuenta del peligroso terreno en el que Cuesta

podría colocar a los presentes. Se apresura a pedir la palabra, mientras Calvo y Llamas les miran sin ningún interés por hablar. ¿Han llegado al punto crítico de la reunión?. Castaños comienza a hablar de forma lenta y pausada confiando en que el nivel de resentimiento de Cuesta baje, al menos, un poco.

-Por lo que he oído, Gregorio, tienes serios motivos para quejarte. Sin embargo, no todas las Juntas han tenido comportamientos tan negativos. No todas, repito. Es cierto que ha habido retenciones de dinero, anomalías..., como quieras llamarlo, pero en el caso de la Junta de Sevilla, los observadores británicos están intentando corregir esa dificultad. Aquí hay dos testigos, yo soy uno, de que el general Doyle ha dado instrucciones al comandante Cox, el observador británico en Sevilla, con respecto al dinero que llegó a Cádiz, para que se remita a Madrid sin falta. Con rapidez y en su totalidad, sin que la Junta pueda impedirlo. Esto se acordó en la última reunión. Siento que no hubieras estado presente.

Cuesta sigue moviendo la cabeza con un gesto negativo para expresar su desacuerdo. Su orgullo herido le impide razonar sobre lo que Castaños ha dicho. Cree que si cedía en este punto, tendrá la partida perdida frente a Valdés. Supone que ha llegado la ocasión para dejar claro si la autoridad de las Juntas está por encima de la de los militares o si éstos se deben supeditar a aquellas. No quiere, y piensa que no puede, aceptar una cesión de su autoridad porque se considera depositario, en su Capitanía General de Castilla, de la autoridad real, por encima de cualquier otro poder que se constituya. Con voz, ahora autoritaria y desagradable se dirige a Castaños:

-No me convences, Javier. No me convences, en absoluto. Si lo qué opinas es que las Juntas son una autoridad superior a la de los Capitanes Generales del Reino de España, no estoy de acuerdo. Hablando claramente. La Junta de León, organismo que personalmente ayudé a crear, se ha rebelado contra mi autoridad. Autoridad conferida por el propio rey, desautorizándome y actuando de forma arbitraria en contra de mis disposiciones. No voy a entrar en detalles, pero los señores de esa Junta, especialmente su presidente, me han querido privar de la caballería, la única unidad efectiva que me ha quedado después de la batalla de Rioseco para ponerla a las órdenes del ejército de Galicia. La venenosa campaña que han montado ha sido secundada por la Junta de Galicia durante todo el mes pasado, mediante una serie de infundios propalados desde Coruña a los observadores británicos sobre mi falta de colaboración. Lo he comprobado personalmente con una conversación mantenida con el general Doyle de la que ha sido testigo el señor duque- Éste no tiene más remedio que asentir lo cual encoleriza al viejo general -¡Malditos demonios! ¡Sin infantería y encima querían dejarme sin caballería! - El tono de Cuesta es cada vez más alto y no hace caso a un gesto del duque para que se calme - En esa conversación con el coronel Doyle, o como se llame - Cuesta ascendía o

le bajaba de categoría, según su estado de ánimo - quedó claro este problema. Si no lo ha comprendido peor para él. Me parece que este hombre confunde, a veces, la colaboración con la imposición. Si es así, está muy equivocado. Tampoco me parece necesario comentar la conducta de la Junta de Galicia que deja tanto o más que desear. ¿Queremos aceptar que unos ignorantes en el arte militar nos marquen los objetivos a cumplir? Pero, señores. ¿Estamos locos o mantenemos algo de sensatez?

Cuesta se detiene para tomar aliento lo que es aprovechado por Castaños para levantarse y hacerle una proposición mirando al duque.

-Gregorio, por este camino no vamos a ninguna parte. ¿Te importa que salgamos fuera y hablemos?

El duque asiente con la cabeza y respira profundamente esperando que el viejo general se calme un poco.

Cuesta le mira y con un gesto de escepticismo salen de la sala para pasar a otra adyacente, a la izquierda de la puerta, ya que en la habitación de la derecha estaban los ayudantes y los segundos jefes. Castaños quiere evitar que las voces de Cuesta no traspasen ambas salas. Se sientan en dos butacas que están frente a un balcón que ofrece una perspectiva de parte del jardín del palacio. Una vista muy relajante Cuesta se sienta, pero se levanta con rapidez para asomarse al balcón, con la idea de que la contemplación, aunque fuera por unos de los momentos, de la naturaleza exuberante de aquel mes de septiembre le aporte algo de calma. Necesita la cabeza fría para dialogar con Castaños al que nota como un valedor de la Junta de Andalucía. No le conviene crearse otro enemigo. Retrocede, se sienta despacio y mira a su oponente con frialdad.

-Tú dirás.

Castaños respira profundamente y sin devolver la mirada comienza a razonar mientras mueve pausadamente el pie derecho a un lado de la butaca. Es su punto de referencia.

-Verás, Gregorio. He escuchado con mucha atención tus argumentos, más bien quejas. Déjame continuar, por favor - continúa al ver un gesto de Cuesta para interrumpirle - Es cierto que, en tu intervención, hay motivos importantes para un enfrentamiento con las Juntas de Galicia y León. Según afirmas, la segunda ha actuado de forma arbitraria.

-Sediciosa- le interrumpe cansinamente su interlocutor con un gesto de infinita paciencia.

-De acuerdo. Me importan poco los calificativos. Pero hay una realidad que es necesario reconocer o, si se quiere aceptar y es el hecho de que estas Juntas han concentrado el poder político en la mayor parte de las regiones donde se han creado. Nos guste o no, es un hecho innegable, como también es otro hecho innegable que el pueblo las apoya como herederas, mejor dicho, sustitución del poder real.

-Lo que el pueblo no sabe es quiénes son las personas que componen las juntas, bueno, algunas de ellas. Qué tipo de personas se han metido ahí, sin que hayan sido elegidas; porque, en primer lugar, el pueblo no las votado, sino que las ha aceptado, creyendo que son las más representativas y honradas. Por desgracia, no son, ni una cosa, ni otra. Por lo tanto, tenemos que apartar, aquellos miembros de las Juntas cuya conducta no haya sido honesta con este pueblo.

Castaños se alarma otra vez. Intuye a donde se encamina Cuesta y teme que se llegue a una situación donde tenga que dejar solo al testarudo general. Lo teme, pero no le importa si su paciencia rebasa el límite.

-Pero Gregorio ¿A dónde quieres ir a parar? ¿Pretendes juzgar y eliminar a los componentes cuya conducta haya sido dudosa antes de que se constituya la Junta Central? Eso no es posible.- El pie de Castaños había dejado de moverse y su mirada afronta la de su interlocutor con energía. – Tendrás que esperar a que se forme la Junta Central para plantear a sus miembros el contencioso que tienes con esas Juntas.

-Eso no es posible, porque la sediciosa de León ha escogido a dos personas, el presidente Valdés y el Vizconde de Quintanilla como delegados. Mejor dicho, conociendo como es Valdés, ha forzado a esos miembros a que le nombren. Estas dos personas harán todo lo posible en la Junta Central para desacreditarme. - Ahora Cuesta mira a Castaños con gesto de impotencia levantando una mano como si parara un golpe - A partir de ahí mi destitución como general en jefe está contada. Será inmediata.

Castaños hace un gesto de paciencia que Cuesta lo confunde como de comprensión.

-Me parece que exageras sobre esos acontecimientos. Es muy prematuro hablar de lo que pasará, sino más bien hay que actuar sobre lo que puede pasar. Una gran diferencia. No podemos adelantar los acontecimientos, al contrario, tenemos que salir de este atolladero. Está claro que no aceptas, por motivos que tú crees justificados, la autoridad de esas juntas. Entonces ¿Cual es la soberanía que reconoces en esta nación que no tiene rey?

Cuesta queda unos momentos desconcertado por la pregunta de Castaños ya que no esperaba esa disyuntiva. Luego pasa por su mente como un relámpago que no hay otra

alternativa. Pero al mismo tiempo, se le había ocurrido una idea para devolver esa misma pregunta a su colega. Con voz, aparentemente, resignada:

-Creo que no tengo otra salida que reconocer la autoridad de la Junta Central como representante de la autoridad real. Pero solo aceptaré obediencia a esa Junta y no a otra Provincial o Regional. Ni siquiera al Consejo de Castilla. Pero hasta que se constituya, querido Javier, ¿Quién dará las órdenes en el terreno militar? Porque no tenemos mucho tiempo para mover nuestras tropas antes de que los franceses recuperen la iniciativa. Veremos qué pasará cuando reciban refuerzos.

-Los cinco reunidos podemos diseñar un plan de acción para coordinar los movimientos de los ejércitos. - Contesta no muy convencido Castaños.

-Eso no funcionará. Tiene que haber un mando único. Una sola cabeza que haga que las demás obedezcan.

Castaños se queda un momento sorprendido, pero eso no le impide preguntar.

-¿Es que vas a proponerte como general en jefe de todos los ejércitos siendo el más antiguo?

Cuesta niega con la cabeza y la sombra de una amarga sonrisa aparece en su cara.

-No soy tan estúpido. Estoy al frente de un pequeño ejército de campesinos sin entrenar, una escasa caballería y, encima, con dos derrotas que no me dejan en buena posición política. No, no es eso. Creo que los dos podemos controlar ese poder y lo administremos con independencia de las Juntas. Si sale adelante, la Central también lo aceptará y se verá obligada a ratificarlo.

Castaños se queda desconcertado porque no sabe hasta dónde llegan los límites que se ha fijado su colega. Cuando pensó despacio en la proposición, se percató que era imposible que ambos compartieran el poder militar, porque Cuesta quiere siempre imponer su criterio. El fantasma de un dictador aparece en su mente. Aquello no le gusta. Un malestar, en principio, ligero empieza a recorrer su cuerpo. Presiente que este malestar irá en aumento. Mejor ganar tiempo preguntando.

-No entiendo muy bien. ¿Cuáles son los pasos que propones?

Cuesta le mira con interés porque piensa que con sus argumentos pueden convencer a Castaños. No pierde el tiempo.

-Con la desgraciada experiencia que he tenido en los tres meses pasados, es evidente, que si aceptamos la autoridad de la Junta Suprema con obediencia total, corremos el riesgo de que esta Junta nos marque objetivos difíciles de cumplir, especialmente si son criterios políticos. Esa forma de actuar nos conducirá a una derrota tras otra. Voy a poner un ejemplo que no parece muy absurdo. Imagina, que mañana, tu Junta, o en este caso la Central, te ordenan que avances sobre Burgos y te enfrentes Bessières sin apoyo, porque no lo consideran posible o porque no es necesario. Las probabilidades de que salgas con fortuna en ese cometido son muy dudosas, ya que sabemos que este mariscal dispone de una excelente caballería. Además, está muy bien informado de lo que ocurrió en Bailén y, por lo tanto, será una misión difícil de cumplir. En mi opinión, imposible, porque he visto con mis propios ojos como cargaban sus jinetes en Rioseco. ¿Comprendes o no? El resultado de una derrota como esa será tu destitución, que será fulminante. Como a nadie le gusta un desastre, te convertirás en un chivo expiatorio. Para evitarlo, es necesario que respeten nuestros criterios. Que nos respeten - repitió muy lentamente asimilando la palabra, para rematar su propuesta sabiendo que las últimas frases eran crueles - Nosotros decidimos los objetivos, según los recursos que dispongamos y, de esta forma, no nos arriesgamos a nuevas derrotas. Para ello es necesario *que nos respeten*, te lo repito otra vez. ¿Cómo hacerlo?

Cuesta inicia una pequeña sonrisa porque le parece que Castaños comienza a convencerse.

-Primeramente, persuadir a los asistentes a esta reunión, que la decisión de las acciones a llevar a cabo por los ejércitos, se centrará en nosotros dos. Incluso, podríamos incorporar al duque que, seguramente, no pondrá objeciones a los planes que elaboremos. Informar de este criterio a las Juntas provinciales y esperar una ratificación de la Central cuando se constituya. - Hace una pausa, esperando que Castaños sea capaz de digerir toda su propuesta - Pero voy más allá. Esto es solo el principio.

Castaños ha dejado inmóvil el pie y espera intrigado la segunda fase de la propuesta.

-Como es imposible que una Junta Central constituida por muchos delegados funcione, puesto que son demasiadas personas, tenemos que obligar, a esta Junta Central, a formar un Consejo de Estado o Regencia constituido por tres o cinco miembros. Esto no es nada nuevo, porque ya lo he propuesto en mi proclama de junio. Si quieres lo puedes llamar de la forma que más te guste.

-¿Y qué pasará con las Juntas provinciales?

-Serán disueltas. En su lugar se restaurará la autoridad de los capitanes generales. Como ves, lo que hago es reforzar el poder real cuando este se restablezca. ¿Cuál es tu opinión sobre todo esto?

Castaños se toma su tiempo en contestar. El pie reanuda su movimiento con una cadencia más rápida y luego se decide por mirar a su oponente, al tiempo que habla muy lentamente, pensando cada palabra.

-La idea es interesante. Al contrario, eso sería muy útil. Pero el problema radica en cómo llevarla a la práctica. Si tomo la decisión de separarme de la autoridad de la Junta de Sevilla, corro el peligro de que las divisiones que hay en Madrid no me sigan. Sus jefes están muy vinculados políticamente a esa Junta. Además, ya he dicho antes, que al depender del dinero estoy a la espera de la gestión del general Doyle. Éste hombre se ha comprometido a conseguirlos venciendo la resistencia de los miembros de esa Junta. Hasta que lleguen, no estoy en buena posición. Cualquier paso en falso me costará un disgusto.

Castaños se escudaba en un principio en la posible falta de autoridad, pero como sabe que era el peor camino, opta por la excusa del dinero. Todo ello lo expone sin mucha convicción, pero esa salida no agrada a Cuesta. Le irrita.

-¿Entonces no piensas hacer nada? - Pregunta Cuesta con la cara que muestra una gran desilusión - Pues, muy bien, no te hagas ilusiones del porvenir que te espera.- cambia el tono de su conversación porque sabe que Castaños no se atreve o no quiere secundarle. No le importa. Está acostumbrado a pelear solo. Seguirá haciéndolo. - Me parece que no hay más que hablar. Podemos volver a la sala y acordar un plan de acción con los otros. Pero eso servirá de poco. Ese plan no se cumplirá. No hay un mando que nos obligue a ello.

Cuesta se levanta y se camina hacia la puerta con prisa. Castaños comprende que no le dirigirá la palabra el resto de día. Se para, un momento, en la puerta de sala y respira profundamente. Aunque Cuesta le ha mencionado el Consejo de Castilla, hay que tener en cuenta que había sido Gobernador del mismo. Si cita al duque, que es, en este momento, su presidente, su propuesta concentra el poder en él. Pero lo que, en realidad, Cuesta le ha insinuado es un verdadero golpe de estado.¹ Algo, que no se atreve, ni quiere, pensar.

La entrada en la sala sorprende a los otros tres apurando el refrigerio que ha previsto el duque. Cuesta se encamina a su butaca sin mirar a los demás, pero antes lleva en su mano izquierda una taza de chocolate y un par de bollos. Castaños le imita, pero solo con una taza de chocolate. Los tres les miran expectantes, ya que no han pronunciado una palabra desde que entraron. Es evidente que ha habido una discusión que ha terminado finalizado mal porque lo

demuestran las caras de malhumor de los dos generales. Como el silencio no se rompe el duque se atreve a hacerlo.

-Hemos hecho un primer ensayo de cómo se moverían los ejércitos. Es evidente que estos desplazamientos solo se llevarán a cabo cuando sus jefes consideren que están preparados. - Mira a Cuesta y a Castaños pero estos están muy ocupados en saborear su chocolate. Cuando deciden prestar un poco de atención lo hacen de forma desganada, el duque prosigue - El general Blake se dirigirá a Aranda del Duero, el ejército de Castilla hacia Burgo de Osma, el de Valencia a Calahorra, el de Andalucía hacia Soria y finalmente el de Aragón a Tudela. El ejército de Extremadura quedará como reserva hasta que se incorpore a los demás.

Castaños y Cuesta miran el plano y quedaron, un momento, pensativos, pero no comentan la propuesta. El primero piensa lo que le ha dicho el segundo sobre el incumplimiento del plan, pero no es momento para hacer observaciones y menos aún sugerencias. El duque justifica esos desplazamientos.

-Frente al núcleo principal francés están tres ejércitos, cuatro, cuando se incorpore el general Galluzo con el de Extremadura, así que los de Valencia y Aragón pueden envolver el flanco izquierdo del enemigo cortando sus comunicaciones con Francia. En esta alternativa, el mariscal Bessières se verá obligado a retroceder más hacia el norte para no verse aislado. La clave de esa región está en Tudela con su puente. Hay que ocuparla y conservarla. Caballeros ¿Alguna pregunta?

-Este plan supone que Blake deberá rectificar su itinerario. En vez de Bilbao debe girar hacia Castilla y eso no creo que le interese porque ya se ha quejado de su falta de caballería. Solo le quedan 150 jinetes después de Rioseco y esa fuerza no le permite moverse libremente por las llanuras de Castilla.- comenta Cuesta.

-Así parece, en principio- responde el duque - pero el ejército de Galicia será reforzado por las fuerzas del principado de Asturias y por las que regresen de Dinamarca en los barcos británicos. Asimismo, los ejércitos de Andalucía y Castilla, junto con el de Extremadura, cuando lleguen, tendrán el apoyo del ejército británico que venga desde Lisboa. Es posible que ambos puedan progresar al mismo tiempo.

-Blake sigue sin caballería - confirma Castaños - No creo que esos refuerzos le solucionen algo. Será su problema.

No hay mucho más que añadir. Todos son conscientes que ese plan es una tentativa para enviar los ejércitos hacia el norte, pero muchas dificultades juegan en contra de ese objetivo.

Todo depende de los problemas que cada jefe tiene que superar para ponerse en marcha. Por esa razón, el duque no se atreve a preguntar la posible fecha de partida, porque sabe que le contestarían que esa fecha está condicionada en conseguir recursos. La gran incógnita es la rapidez con que esos recursos lleguen a los ejércitos y esa circunstancia condicionará a los generales a mandar unas unidades muy desequilibradas en equipo, alimentos y provisiones. Se callan, que en el caso del ejército de Castilla, Cuesta no avanzará si no consigue dinero para alimentar y vestir a sus campesinos. Lo mismo ocurre con Palafox y otros.

El resto de la sesión transcurre con unos asistentes poco interesados en lo que se hable, ya que el tema de las quejas sobre la falta de recursos, es tan reiterativo, que acaba por cansar a todos. Al mediodía, los cuatro asistentes abandonan el palacio del duque con una fría despedida, muy protocolaria.

Cuando Rivas habla en Arévalo con Reyes sobre la posibilidad de trabajar en el periódico, la reacción de la chica fue de perplejidad. Por una parte, le agrada actuar como una mujer independiente, ya que su fuerte carácter le impele a ello, por otra, la inseguridad sobre el desconocimiento del trabajo, la mantiene desde el principio muy desconcertada.

-Parece que una mujer en la redacción de un periódico es algo desconocido. Puede dar lugar a malas interpretaciones. Mucha gente pensará qué estoy haciendo, de verdad, allí.

Reyes supone que los visitantes pensarán que es la amante de algunos redactores o tipógrafos, porque no se comprende que una mujer sea capaz de hacer algo diferente a limpiar los despachos.

-Efectivamente, mucha gente pensará lo que le apetezca, pero a medida que se aperciban de que tu trabajo es útil, cambiarán de idea. Además, he sido testigo de que sabes hacerte respetar.

-¿Cuándo me puedo incorporar?

-Lo antes posible. El general Cuesta ha sugerido al teniente coronel que, en un principio, intervenga el capitán del regimiento de la Reina, Antonio Abaurre, para que visite a las personas que hagan una contribución importante que les proponga equipar un cuerpo de Dragones de Castilla. Se le ha dado una lista de esas personas, luego se publicarán en la *Gazeta* los resultados de esas visitas: nombres, equipos, material y dinero. A partir de allí, en base a las respuestas, se intentaría conseguir más dinero para equipar el ejército. Veremos.

-Pero no entiendo bien. ¿Cuál es mi papel en este asunto? - pregunta Reyes con el ceño fruncido. - ¿No hay un capitán que se ocupará de la recolección del material para los jinetes?

-Tu papel es importante, aunque, en principio, no te lo parezca. Después de las visitas del capitán, los que contribuyan con sillas, bridas y demás utillaje lo entregarán en una parte del edificio de la *Gazeta* habilitada para ello. Entonces deberás controlar y anotar ese material, mientras que nosotros, periódicamente, pasaremos a retirarlo según su importancia o el espacio que ocupe. Intentaré, ser yo mismo, la persona que venga desde Arévalo para recogerlo. No nos interesa que haya un oficial en periódico. En primer lugar, porque no disponemos de gente que pueda ocuparse de ese asunto y, en segundo lugar, porque un oficial del ejército de Castilla en la redacción hará que la gente piense que el ejército pretende controlar el periódico. Una mujer no despierta ese tipo de suspicacias. Más adelante, esperamos que puedas ocuparte del dinero que se recaude, controlando el que se deposite en el Banco de San Carlos.

-Vaya, si todo sale bien puedo ser la financiera del ejército. Eso es importante. Me gusta
- Reyes responde con una sonrisa en su cara que antes tenía una expresión pensativa.

Rivas ha terminado satisfecho, aunque le ha ocultado a la chica que, al consultar Zayas con Cuesta para colocar a Reyes en el periódico, aquel no había puesto buena cara. Pero su jefe le comentó que no había oficiales disponibles y que una mujer, sobre todo muy lista, sería útil en el periódico como coordinadora en la recogida de fondos e, incluso, si todo salía bien, como informadora en el futuro. Zayas no había olvidado el consejo de Dyer de situar a alguien en aquel periódico y tiene en cuenta la posibilidad de que los franceses regresen para ocupar Madrid. Si eso ocurre, el papel de Reyes sería verdaderamente importante, tal y como lo había calificado Rivas. Pero el veterano general le ordena a Rivas que un oficial de caballería se ocupe de la primera parte, la de las visitas, porque una mujer no debe hacerlas. Es inimaginable. Para que Reyes cubra sus necesidades económicas acordaron que de lo recaudado le fueran entregados unos reales. Esto se lo comunicó Rivas a Reyes, pero no parece preocuparla porque todavía dispone de parte del dinero entregado por su padre que ha conseguido ocultar.

El tiempo transcurrido desde la reunión del día 5 se convierte en una ráfaga de actividades para Cuesta y sus colaboradores por las noticias que llegan continuamente de León. El Ayuntamiento de esta ciudad, fiel a Cuesta, ha enviado a finales de agosto a Bernardo Escobar, regidor y diputado de la Junta originaria, a Lugo para hablar con Valdés e intentar convencerle de que, tanto él como los otros diputados, regresen a León. Eso supone dar por inválidos los acuerdos con la Junta de Galicia. Lógicamente Valdés no se dispone a aceptar, así que el 4 de agosto Valdés, acompañado por el Vizconde de Quintanilla y su sobrino, parten

hacia Madrid en varios carruajes escoltados por dos dragones. En Villafranca del Bierzo se cruzan el día 8 con el comisionado del Gobierno británico para la Junta Central, Charles Stuart y su secretario, procedentes de La Coruña. El segundo toma buena nota del encuentro. La Junta de Villafranca manda al día siguiente, 9 de septiembre, un informe a Cuesta sobre los comentarios de Valdés en donde el general lee que éste le ha insultado en público llamándole *traidor* y que lleva documentos que le acreditan en Madrid.²

En León, el decreto de Cuesta anulando la Junta de Valdés y creando una nueva junta, unido a las noticias que ha traído el regidor Escobar, causan una profunda impresión en el Ayuntamiento. El 7 de septiembre se reúnen en el mismo Ayuntamiento los antiguos diputados que todavía quedan en la ciudad y forman la Verdadera Junta Suprema del Reino de León (VJSRL) declarando nulos todos los acuerdos firmados con Galicia, Asturias y Gran Bretaña. Lo mismo se aplicará para las futuras actividades de Valdés y sus diputados. Eligen como presidente, al que lo había sido antes de la llegada de Valdés, el coronel Manuel Castañón y Monroy. La correspondencia que le pasa Zayas a Cuesta refleja una serie de acontecimientos que se precipitan, cada vez, con mayor rapidez. Cuesta ha comprobado que ha vuelto a controlar políticamente a la VJSRL, que elige a su vez a dos diputados para que la representen en la Central, el canónigo Rafael Daniel y el propio Vizconde de Quintanilla. Esta última elección puede considerarse como un intento de aceptar a parte de los diputados que dependen de Valdés. Cuesta legaliza a la VJSRL el 11 de septiembre. En toda la provincia de León estos cambios provocan en muchos ayuntamientos una especie de terremoto donde las autoridades locales no se deciden por a quién tienen que obedecer. Poco a poco, la mayor parte se decanta por el antiguo Capitán General, que irá recibiendo estas novedades con gran retraso. Cuesta sabe que debe reaccionar con rapidez o perderá el pulso con Valdés. El primer problema es conseguir el dinero enviado a Gijón por los británicos para que no se entregue al ejército de Galicia. El segundo es diseñar una estrategia para que Valdés no llegue a la Junta Central antes que el otro diputado elegido por la VJSRL.

Informada y advertida del asunto del dinero, la VJSRL ha enviado a la Robla a varios jinetes que se unen, desde esa localidad, a los que escoltan al tesorero de la Junta de Valdés, Valentín González Mérida, que lleva cuatro millones y medio de reales que se le han entregado en Gijón como resto de diez millones originales. Este cambio de destino es aceptado por los británicos, ya que Dyer y Roche llegan el día 8 desde Asturias a León para asegurarse de que todo el dinero servirá para equipar una división leonesa de doce batallones. Dyer, que ha regresado de Londres, ya no se encuentra con su amigo Zayas, que ahora está en Arévalo. Siente la contrariedad, pero sabe que esas nuevas unidades dependerán de Cuesta cuando se formen. Por lo menos, la simpatía que le había generado la voluntariedad de aquel ejército ha servido de

algo. Pero, por desgracia, Cuesta tardará mucho tiempo en enterarse de esta noticia sobre el dinero. Roche en cambio se dirigirá al encuentro de Cuesta en su nuevo cuartel general de Segovia a mediados de mes.

Dinero, dinero..., Doyle ha conseguido que el dinero que vino de Cádiz, 70.000 dólares, de los que entrega 30.000 a Castaños y el resto, a partes iguales, a otros generales. Espera que lleguen los 130.000 restantes en dos días, todos procedentes, ahora de Sevilla, pero informa a Castleragh que, de la reunión de generales, no ha salido un mando único. Por otra parte, el comandante Cox en Sevilla ha tenido una reunión tormentosa con el padre Rico, miembro de la Junta, que le asegura que han enviado 150.000 dólares a Castaños; pero su presidente, Saavedra, escribe a Cox, que las provincias del centro de España deben asumir la obligación de mantener al ejército de Andalucía.³

Cuesta, por su parte, está convencido que tiene que conseguir los recursos en Madrid. Ha enviado al capitán Abaurre a recorrer una serie de domicilios para solicitar ayuda, con la que se consiga equipar un regimiento.

Mientras tanto, en Madrid, Reyes se presenta en la redacción de la *Gazeta de Madrid* acompañada por Zayas, Rivas y Abaurre. El primero piensa que la presencia de tres oficiales es un respaldo suficiente para que la chica se desenvuelva sin muchos problemas desde el principio. Pasan al despacho de Diego Clemencín que está acompañado de Juan Abella. El director presenta un semblante preocupado por la <<imposición>> tan <<revolucionaria>> de aceptar aquella mujer en el periódico. Mira sin disimulo a su adjunto que está encandilado por la belleza de Reyes. Ésta lo hace a su vez a sus oponentes que, a pesar suyo, desvían sus ojos hacia los oficiales. Clemencín se pregunta si no habrá problemas desde el primer día, mientras que Abella, sopesa que esa jovencita le alegrará la vista cuando revise sus artículos. Claro, que también pasará lo mismo con los otros redactores. Hay un par de ellos, por lo menos, que querrán aprovechar la nueva situación. Reyes se sienta y sigue mirando directamente a los ojos de los dos. Estos empiezan a sentirse un poco desconcertados. Asumiendo la situación, Zayas habla, después de unas presentaciones protocolarias y tras acomodarse en una butaca. Por cierto ésta tiene una mancha de tinta en un brazo que inadvertidamente intenta limpiar con un dedo. Clemencín se siente más embarazado por esa inesperada suciedad, maldito descuido de limpieza.

-Le agradecemos la colaboración de su periódico para llevar a cabo una cuestación que recaude fondos con destino al ejército de Castilla, ejército que es además el de todos los

madrileños. Es su ejército. No hay otro. En la capital hay ahora dos, pero son de Valencia y Andalucía. El de Castilla permanece en Segovia, porque también es el ejército de esa provincia.

Clemencín asiente a esta primera intervención de Zayas y la confirma.

-Es cierto. Esos ejércitos que hay en Madrid no son los de los madrileños y los que quieren alistarse querrían hacerlo en uno más identificado con su ciudad. Tenemos información de que hay muchos ciudadanos que quieren tomar las armas pero no saben dónde acudir. En esta ciudad no hay un banderín de enganche y todos están desconcertados buscando donde hacerlo.

Zayas se inclina hacia adelante, mira a Clemencín y luego a su adjunto.

-Precisamente usted me da la razón. Muchas personas quieren alistarse y no encuentran el lugar para hacerlo. ¿Sabe por qué? Porque no existe ese lugar. El ejército de Castilla no tiene una base de reclutamiento porque carece de dinero para ello.

Clemencín inicia un gesto de sorpresa, pero Zayas no le deja hablar porque la última frase se ha pronunciado con tal energía que los otros oficiales la han aprobado con la cabeza.

-Le añadiré algo más que está dentro de lo obvio. Si creáramos un banderín de enganche en Madrid, las personas que acudieran recibirían la respuesta de que no podemos entregarles uniformes, armas y lo que es peor, alimentarles. ¿Cuál sería la respuesta de estas personas?

Clemencín se apresura a contestar un tanto apurado.

-Se deprimirían y pensarían que la guerra estaría perdida, si no hay medios materiales para crear los ejércitos. Es posible, que los más exaltados, pidieran a las autoridades armas y después pretenderían salir hacia el norte para luchar.

Zayas inicia una sonrisa irónica.

-¿Pero qué autoridades, hombre? ¿El Consejo de Castilla que no ejerce como tal y no se atreve a ello? ¿La Junta Suprema Central que todavía no se ha creado? - Zayas respira y prosigue sin parar - No seamos ingenuos. No hay autoridades y las únicas que funcionan en Madrid, de momento, - el tono es irónico - son los generales en jefe de los ejércitos patriotas. El dinero que necesitan está llegando de Gran Bretaña, pero hasta ahora, ese dinero, que está en Sevilla, Gijón y La Coruña, irá a parar a otros ejércitos distintos del nuestro.

Clemencín y Abella asienten. El segundo toma la palabra.

-Bien, creemos que eso está muy claro. Podrán contar con la colaboración del periódico como ya se acordó en la otra entrevista que tuvimos con usted. - Hace una pausa para confirmar la misma idea a Zayas - Por lo que comenta, la situación es muy angustiosa.

-No sabe hasta qué punto- le corta Rivas, sin poder contenerse.

Ahora interviene el capitán Abaurre después de que Zayas con un gesto le indica que lo haga.

-He visitado más de cuarenta casas de nobles y de gente importante de Madrid. En la mayor parte de ellas he sido recibido con gran amabilidad y en otras he dejado una nota para que entreguen en este periódico el equipo destinado a un cuerpo de dragones. Es posible que este equipo empiece a llegar hoy mismo. - Abaurre saca un papel de su casaca en donde hay una lista - Entre las personas visitadas se encuentran: en primer lugar el señor marqués de Astorga, que, me dijo, que aportaría seis sillas con sus bridas, pero por su mediación, las caballerizas reales enviarían 64 sillas. Sigo. El duque de la Roca mandará 50. El marqués de las Hormazas, diez nuevas. Hay muchas más personas que enviarán parte del equipo.⁴

Abaurre dobla el papel y lo guarda para comentar a los periodistas.

-Es evidente que hay una respuesta muy satisfactoria. Calculo que podemos equipar a casi 300 jinetes.

-Es una magnífica noticia- comenta Clemencín sonriendo. - con mucho gusto la publicaremos cuando lleguen todas las sillas.

El asunto parece acordado, pero faltaban algunos detalles que Zayas quiere abordar.

-Con respecto al trabajo de Reyes Medina, ¿Les parece bien que mañana se incorpore para empezar a preparar todo lo que llegue?

Los dos periodistas se miran porque no esperan una incorporación tan rápida. Clemencín carraspea y contesta:

-Perdone mi teniente coronel, tener una mujer en la redacción de un periódico es algo inusual... Prefiero que nos deje un día, o mejor dos, hablar con los otros redactores y que se hagan a la idea de manera que no tengamos problemas.

Reyes que no ha podido intervenir en la conversación quiere hacerlo con un gesto decidido.

-Verá usted - mira con el ceño fruncido a Clemencín - y usted, también - ahora era Abella el interpelado - está muy claro que el periódico no me ha contratado y no dependo de ninguna persona. Mi trabajo es comprobar el material que se reciba, que esté en buenas condiciones. No sea que algunos personajes confundan la generosidad patriótica con la idea de deshacerse de algunos atalajes que les sobren. Estas sillas se devolverán a su lugar de procedencia, porque el riesgo de aceptarlas sería la vida del jinete que la monte. - Hace una pausa para que los otros recapaciten - Creo que tengo aquí una responsabilidad muy clara que no tiene nada que ver con este periódico.

Tanto Clemencín como Abella la miran asombrados mientras que Zayas hace esfuerzos para contener la risa al contemplar el desconcierto de ambos. Rivas y Abaurre, en cambio, no hacen ningún gesto. Es evidente que el primero no le pilla de sorpresa la forma de actuar de la joven. Reyes lo aprovecha para continuar.

-Una vez aclarado esto, el periódico puede, o no, aceptar que colabore en las tareas que los redactores no puedan hacer por falta de tiempo. Me explico. Podría ser leer las galeradas o la documentación que se reciba y se quiera publicar. Al leer varios ejemplares, he visto que el periódico recoge mucha información de otros periódicos de provincias. Como es necesario hacer una selección, y yo puedo leer con bastante rapidez, les ayudaría en ese cometido.

-Es increíble- es lo único que se le ocurre decir a Abella, mientras que Clemencín prefiere callarse. Es evidente que ninguno de los otros colegas se atreverá a hacer una proposición deshonesta a la chica.

-Bueno los tiempos cambian y hay que adaptarse - concluye el director.

-Todo cambia - Le confirma Zayas - No se preocupe porque tendrá toda nuestra colaboración. - Zayas saca de un portafolios varios ejemplares del periódico - Hemos visto que la última *Gazeta de Madrid* publica bastantes noticias de los diarios de provincias. Creemos que después de la batalla de Rioseco, los franceses tuvieron numerosos heridos que evacuaron hacia Palencia. Esa noticia proviene del diario de la Coruña. Luego, hay otra, del saqueo que publica la *Gazeta de Oviedo*. Según esta ultima una serie de damas intercedieron ante el mariscal Bessières para que no quemara toda la ciudad. Ardieron 43 casas. Sabíamos que saquearon la ciudad, pero no hasta esos extremos.

-Bueno esas noticias provienen de esos periódicos y les hemos dado prioridad con respecto a otras. Dice Abella.

-Muy interesante todo eso. Pero todas contrastan con la infamante descripción que este periódico hace de la batalla de Rioseco el 20 de julio. - Clemencín quiere hablar pero Zayas no le deja. - Dos hojas llenas de falsedades. ¿Quién se va a creer que las pérdidas de los insurgentes, es decir, nosotros, eran más de cinco mil y la del ejército francés solo de 50 muertos y 300 heridos? Ya sé que el periódico estaba bajo la influencia francesa, pero usted era el director. ¿Cómo se publicaba esto? ¿Qué censura había?

A Clemencín se le dibuja un gesto de incomodidad y tarda un tiempo en contestar.

-Desde el 13 de mayo este periódico es prisionero del mariscal Murat y se publican las notas que nos envían sin poder cambiar una coma. El aparato de la censura está controlado personalmente por el Marqués Caballero, a pesar de otros intentos como el de Oficial Mayor del Ministerio de Estado, señor Bardaxí. La *Gazeta* se publica diariamente después de la desaparición del *Diario de Madrid* cuya propiedad había pasado a manos de dos súbditos franceses. Esto apareció en la *Gazeta* el 17 de junio. Si quiere le traigo un ejemplar.

-No se moleste. Toda la redacción permanece sin cambios. No se fue ninguno de los redactores. ¿No es así?

-Si usted pretende sugerir que el periódico colaboraba con los franceses está muy equivocado. En junio, había regresado de Francia el primer redactor, Don Juan Andújar, y se nos ordenó que el periódico adoptara un tipo de prensa parecido al *Moniteur Universel*. Como esperábamos que la caída de ventas fuera espectacular propusimos una suscripción forzosa para todos los pueblos. Era la única forma de financiarnos, si colocábamos 20.000 ejemplares.

-Correcto. Pero también de paso se hacía una buena publicidad a las autoridades de ocupación.

-Usted insiste en lo mismo - repite Clemencín con una irritación muy evidente - No hemos publicado muchas informaciones que habrían generado una verdadera depresión en los patriotas, apoyándonos en miles de excusas. Lo que no se podía impedir, salió en los titulares y solo copiando al pie de la letra los papeles que nos enviaban. Si se lee el informe oficial de la batalla de Rioseco, cualquier lector, con luces suficientes, se dará cuenta que las cifras citadas por usted no guardan ninguna relación. Que son absurdas. Que todo es una mala propaganda, un montaje ridículo. Si por el contrario hubiéramos hecho una corrección más racional, eso habría levantado sospechas con consecuencias peores para nosotros. No sé si esto le convence, pero es la pura verdad. No hay otra.

Zayas hace un gesto de escepticismo y piensa que el tema está terminado y que no vale la pena insistir. Pero con todo esto ha conseguido un respeto para Reyes en el periódico.

El grupo sale a la calle con una extraña sensación, pero Zayas prefiere no hacer comentarios. Reyes se dirige a buscar una habitación en un hotel que le habían recomendado, acompañada por su hermano que la espera en la puerta, mientras los tres oficiales suben a su carruaje para regresar a Segovia.

En el norte de España, en Miranda, el mariscal Bessières se siente más a gusto que en los azarosos días de julio. Han pasado por varios pueblos cuyos alcaldes han quedado paralizados al reconocer a Rigny como ayudante de campo en vez del militar inglés que habían agasajado. El mariscal no cambia de expresión antes esos rostros convulsos que esperan un castigo que no llega y que solo sirve para acrecentar el regocijo de Lasalle. Por lo menos, en este recorrido el general de caballería puede llenar su cofre de recuerdos con numerosas anécdotas a cuál más divertida. Lo más importante es que conseguir alimentos es más fácil, ya que además de que son más abundantes que en León y Valladolid, los sorprendidos alcaldes ponen todo su empeño en que no surjan problemas sobre este asunto. Hay un fluido contacto con Vitoria en cuya ciudad se centraliza el mando de todas las unidades y donde está el rey José a la espera de las decisiones de su hermano. Estas decisiones tardan en llegar y lo mismo sucede con la voluntad de los españoles para atacar. Después de moverse hacia Vitoria, la caballería que vigila la retaguardia informa de que hay un gran vacío. Ni rastro de una caballería española que debería acosarles. Pero Bessières sabe que no ocurrirá ningún acoso. Blake solo tiene unos pocos jinetes y Cuesta ha huido hacia el sur con los que le quedan. No existe enemigo importante. Maldice su mala suerte, porque si hubiera podido hablar con Belliard habría salido al encuentro del ejército vencedor de Bailén junto con Moncey. Lo habrían destruido fácilmente en las amplias llanuras de la Mancha donde su caballería es muy superior. Pero no le han dejado. De esta forma los desplazamientos se han hecho con una tranquilidad desconocida. La moral es alta en las unidades; todos esperan que cuando lleguen a su destino descansaran y comerán mejor. Las poblaciones que atraviesan no son muy pobres y la comida, se nota, que por allí, no escasea. Al menos eso parece. Pero, además en algunos pueblos, los alcaldes llevaron en carretas a soldados enfermos y no habían sido víctimas de alguna venganza local. Rigny le comenta a su jefe que los españoles imaginan que el ejército francés se retira a su país y que, lo mejor para todos, es colaborar en esa retirada. Lasalle al oírlo se limita a sonreír y Bessières no cambia su expresión ante esa información. Tiene órdenes de que, al llegar a Miranda, desplace una unidad sobre Pancorbo y haga reconocimientos, en profundidad, hacia Burgos para detectar la llegada de nuevos ejércitos españoles. Pero su instinto le dice que eso no sucederá, hasta por

lo menos, varios días. Sus oficiales presumen ante los colegas de otros ejércitos que han conseguido una victoria importante en Rioseco mientras los demás se retiran desde Zaragoza o Valencia.

La falta de alegría de Bessières se debe al correo. Ha recibido más cartas de su mujer, Adèle Lapeyrière, en las que la nostalgia se mezcla con el amor. El mariscal siente que su mujer ha detectado algo extraño, que, con la distancia, ella se ha percatado que él no corresponde a su cariño con la misma intensidad que antes, todo ello, a pesar de que Bessières pone toda su ternura en contestarla. Pero este sentimiento no es perfecto, porque todavía continúa en su casaca la miniatura con el retrato de su amante Virginie. No se atreve a tirarlo, porque teme que el nuevo encuentro con Adèle, no sea tan intenso como antes. Una aprensión de que, al volver a verla, le invada un estremecimiento de desaliento que con el tiempo se convierte en desamor. Ha ocurrido con otras mujeres en ocasiones anteriores. Cuando ha vuelto a encontrar a una mujer que le había ilusionado, le invadía, sin una causa concreta, sin justificación alguna, una sensación de desánimo que le avisa que aquello ha terminado. ¿Es que Adèle se está convirtiendo en una sombra para él? Sombra, sombra. Extraña palabra. Seguramente ella presiente algo raro cuando en una carta lee: <<He soñado con tanta fuerza en ti, andado tanto, hablado tanto, amado tanto tu sombra, que ya no me queda nada más de ti. Me queda ser la sombra entre las sombras, ser cien veces más sombra que la sombra. Ser la sombra que vendrá y volverá en tu vida soleada>>.⁵ El mariscal ha cumplido cuarenta años en agosto. Para muchos, la vida se acabará en poco tiempo y la muerte le ha tirado los dados varias veces. Presiente que tiene un plazo no muy largo. ¿Cuánto tiempo le queda con esta vida? ¿Valdría la pena pasar unos días tranquilos con Adèle aunque su amor haya disminuido? Quizás lo haga, porque ella le escribe, en su última carta: <<Tus ojos en los cuales nos dormimos los dos. En tus ojos, estos que nos revelan nuestra soledad infinita no son ya los que creían ser. No es posible conocerte mejor de lo que yo te conozco>>.⁶ Bessières cierra esta carta, llama a Baudus y decide sumergir su melancolía con alguna actividad. Seguramente su ayudante tendrá nueva información que habrá traído Sophie. ¿Qué se comenta por Vitoria? Seguro que alguna noticia le interesará.

Mientras tanto, en Segovia, Cuesta está informado de la marcha de Valdés hacia Aranjuez, porque además de la carta de la Junta de Villafranca tiene copia de otra carta enviada por Valdés al presidente de la Junta de Murcia, donde aparece la siguiente frase: <<Esperando que don Gregorio de la Cuesta no merezca de Vuestra Alteza el concepto de un buen Español, sino la mayor desconfianza en sus insinuaciones; siendo, al parecer necesario que no tenga tropa alguna a sus órdenes, y que se le trate como a un enemigo de la Nación>>.⁷

Llegan más documentos donde se informa que algunas unidades de León quieren continuar bajo su mando. El sargento mayor Antonio Halconero del Regimiento de milicias y casi toda la oficialidad, se niega a cumplir las órdenes de su coronel el marqués de Villadangos y marchan desde Cacabelos a León. Lo mismo hace el coronel Gutiérrez que se niega a unirse al ejército de Galicia.

Cuesta sabe que esa rebeldía contra la Junta de Valdés impide el reclutamiento de nuevas unidades en su jurisdicción; además si Valdés llega primero a Aranjuez, su puesto como general en jefe del ejército de Castilla estará liquidado. Intuye que Valdés se moverá con habilidad, aprovechando su imagen como antiguo ministro de marina, para desprestigiarle, para atacarle, ante los miembros elegidos de la Junta Suprema. Hay que impedir que hable, que le calumnie, pero el único procedimiento que se le ocurre es detenerle. Una vez conseguido esto, es posible, que ambos lleguen al mismo tiempo a Aranjuez para que un tribunal imparcial decida sobre sus diferencias o que, él se anticipe, negocie y después que le reconozcan como delegado de la Verdadera Junta Suprema de del Reino de León. En todo caso, que se le garantice el mando actual y se permita el acceso a los fondos destinados a León que deberán estar fuera de Gijón. Pero no sabe que ha sucedido con ellos. Si tuviera dinero podría haber neutralizado a Valdés con facilidad, pero no es el caso. No hay más remedio que ordenar su detención. Se lo repite otra vez para convencerse.

De repente le viene a la mente uno de los recuerdos infantiles, uno muy especial. Ahora, que se aproxima a los setenta años, alguno de esos recuerdos regresa más brillante, más nítido que otros del presente a pesar de que la importancia de éstos sea mucho mayor. Malditos fallos de memoria. Pero a pesar de todo se sumerge con cierta satisfacción en el pasado. Recuerda un momento, casi eterno, del tiempo dichoso de su adolescencia. Un día al final del verano suave de la costa de Santander, su padre estaba a la puerta de la casa contemplando un paisaje de montañas rodeadas por un abrigo de nubes que llegaba hasta las cumbres. Se volvió al sentir la presencia del hijo, entonces adolescente: <<Esas montañas que tienes delante de ti, es España. No puedo describirte como es su cuerpo tan rudo y su cara tan trágica. Tan humedecida, tan agitada, tan azul de cielo, tan amarilla en su cintura y en sus bordes rojos de sangre. Todo su pecho respira por esas altas montañas que se extienden hasta las arenas de sus playas>>. Dejó pasar unos momentos que al joven Gregorio le parecieron llenos de magia mientras las nubes subían abrazando las montañas de los Picos de Europa y le parecía que el padre se transfiguraba. << ¿Lo sientes Gregorio, sientes a España, no notas que te duele?>> Cuesta no sabía que responder. Su padre continuó: <<Lo que tienes, lo que tenemos es España. Esas montañas y esas nubes bajo el cielo. Todo eso es España, es tuya, es mía, porque podemos amarla con tantos celos que hasta nos entristezcan, tocar su piel, este áspero suelo esperando que llegue un

estremecimiento>>. Se agachó y cogió un puñado de tierra que se deslizó lentamente entre los dedos. <<Tierra delgada, de tan fina y elegante, pero al mismo tiempo difícilmente bella, de tan frugal, para escucharla como una ardiente melodía que late bajo tus pies>>. Luego le volvió la mirada y dejó el resto de la tierra en una mano del muchacho. <<Te la doy, te la entrego como un don, es tuya, toda tuya, cuídala, amala, consévala. Aprende a mirar con ella, aprende a acompañarte de ella, acompañándola. Porque puedo entregártela. No permitas que ningún extranjero traspase sus sagradas puertas. Te convertirás en su guardián para impedir ese sacrilegio. Lo harás. ¿Lo prometes?>>

El adolescente asintió y al hacerlo no pudo evitar ese estremecimiento que le ha anunciado.

Ahora recordando aquella promesa sabía que no podía renunciar a guardar las puertas y ni mucho menos a que un maldito advenedizo le arrebatara las llaves que tenía, sus hombres, su caballería, sus escasos medios. No podía dejarle hacer su malvada voluntad. Lucharía.

Llamó a un asistente para que avisara a su segundo el teniente general Francisco Eguía.

Cuando éste entra en el despacho de su jefe, comprueba que está solo de pie delante de su mesa con un papel en la mano.

-Estoy enterado que el bailío Don Antonio Valdés, su sobrino Don Eugenio Velate y Don Joaquín Flores Osorio, Vizconde de Quintanilla, llegan mañana día 13 a Simancas. Están escoltados por dos dragones. Este papel es una orden de detención para que sean conducidos al Alcázar de Segovia. Envía un destacamento de Guardias de Corps con un capitán al frente. Que salgan para allá inmediatamente.

Ha dado el paso decisivo. No hay vuelta atrás.

¹ La referencia a que hubo una reunión de generales se puede consultar en José Gómez de Arce y Moro *Guerra de la Independencia, historia Militar de España, 1808 - 1814...* Tomo III, páginas 136 a 141; Andreas Berthold von Schépeler *Histoire de la Révolution d'Espagne et de Portugal ainsi que de la Guerre qui en résulte* J. Desoer Editeur Liège 1829 Tomo II, página 13 a 15. Las propuestas en esa reunión de Cuesta a Castaños sobre la división del Gobierno se cita en José M^a Queipo de Llano, Conde de Toreno *Historia del Levantamiento, guerra y revolución en España* Baudry Librería Europea París 1851 Tomo I, páginas 267 y 268. Según Toreno, Castaños se la había relatado personalmente. Charles Oman, a su vez cita el diario de Charles Vaughan que se reunió con Cuesta en Segovia el 15 de septiembre y le habló de las dos medidas propuestas a Castaños. Charles Oman. *A History of the Peninsular war* Greenhill Books London 1989 Volumen I, página 357. La misma referencia a las propuestas de Cuesta aparecen en Ángel Martínez de Velasco *La Formación de la Junta Central* Ediciones de Universidad de Navarra Pamplona 1972, página 169

² <<<<Valdés, su sobrino y demás, que vienen en su comitiva hablan al paso por los pueblos con el mayor descaro contra V.E. con lo que pretenden inflamar los ánimos y deprimir el alto concepto que todos tienen de las relevantes prendas y patriotismo que lo adornan. Pero en esta villa se han desencadenado con el mayor furor sabiendo que nosotros somos y seremos partidarios de V.E. hasta la muerte, y nos ha incomodado sobremanera que han manchado con su lengua sucia la conducta de V.E. tratándolo de traidor entre corrillos de mujeres y gente insensata, y asegurando Valdés y los suyos que tienen documentos firmados de V.E. con que acreditarlo, que lo harán público en la Corte, y tratarán de esparcirlo por medio de la prensa>>>>. Arsenio García Fuertes *La División Leonesa del Ejército de Castilla. Actuaciones políticas y militares de la Junta Suprema del Reino de León en los comienzos de la Guerra de la Independencia...*, página 12 y AHN Estado Legajo 64-G Documento 112

³ Alicia Laspra Rodríguez *La Guerra de la Independencia en los archivos británicos del War Office. Colección Documental. Vol. I (1808-1809)...*, páginas 237 a 242

⁴ 13 de septiembre de 1808. *Gazeta de Madrid*, página 1.160

⁵ <<<<J'ai rêvé tellement fort de toi, j'ai tellement marché, tellement parlé, tellement aimé ton ombre, qu'il ne me reste plus rien de toi. Il me reste d'être l'ombre parmi les ombres, d'être cent fois plus ombre que l'ombre. D'être l'ombre qui viendra et reviendra dans ta vie ensoleillée>>>>.

⁶ <<<<Tes yeux dans lesquels nous dormons tous les deux. Dans tes yeux ceux qui nous révèlent notre solitude infinie ne sont plus ce qu'ils croyaient être. On ne peut te connaître mieux que je te connais>>>>.

⁷ AHN Estado Legajo 64-G Documento 37